

New York-Cataluña

Por Joaquín Torres-García

Artistas catalanes, para vosotros escribo ahora. Si sentís inquietud y queréis lanzaros a correr mundo, buscando algo que creéis no encontrar en vuestra tierra, veniros a New York. Ya estoy aquí. Yo os recibo en el muelle. Y como otros han hecho conmigo, yo lo haré con vosotros: os muestro la más grande ciudad, os instruiré en mil cosas útiles. Después os ayudaré, como otros a mí me han ayudado. Ya está dicho. Mas, antes de tomar resolución tan seria –y creedme que es mucho más de lo que pensáis– hablemos un poco, pues la cosa lo vale. En primer lugar, ¿qué piensan encontrar aquí? Sé más o menos lo que me diréis, y yo mismo sé la respuesta. Y os digo: no es eso, compañeros. Ni es más, ni es menos de lo que diréis; es algo diferente. Voy a decir que América y Europa son dos cosas diferentes. Os encontraréis, pues, con algo nuevo. – ¿Y, qué es eso nuevo que encontraréis aquí? La verdadera democracia. Eso es todo. Bien, ahora veréis que he dicho poco; y os juro que he dicho mucho. No sabéis lo que eso supone: – Supone, compañeros, en primer lugar, una sola clase social; vuestro arte un oficio; y el valor de todo, de cualquier cosa, se puede cotizar en dólares. – Me conviene ahorrar espacio y tiempo, y ya pensaréis lo que eso supone. – La segunda cosa nueva para vosotros será que aquí no encontraréis más que todo aquello que se relaciona o es producto de la industria y el comercio. Nada más; tomad conciencia de eso. Y, como lo otro, esto es algo de mucha trascendencia. – Y va la tercera y última cosa nueva para vosotros, no menos importante que las otras; la ausencia más absoluta de una tradición humana, con todas las mil derivaciones que encontraréis no importa en cuál pueblo de Europa. – Eso es América, y quien os diga otra cosa, os engaña. – Nada de clase social, pues; nada de jerarquías, títulos nobiliarios o de la inteligencia; nada de arte popular; nada de tradición; nada de espíritu. Sin embargo, ahora os tengo que decir qué es, en realidad, todo eso; qué es esta especial organización del nuevo mundo; qué es esta civilización; qué es esta cultura material. Y ya he dicho la palabra. Esta palabra, para vosotros, europeos, casi no tendrá sentido, pero aquí es una realidad viviente. Porque si para nosotros la palabra cultura significa algo que se refiere al espíritu, aquí, en América, se refiere a lo práctico. Y en este mismo sentido se entiende el progreso. Por eso el verdadero arte de aquí es el arte comercial. – Y con eso ya estamos en lo más interesante para vosotros. Si sois un aparato fotográfico, que anota y encaja matemáticamente la apariencia real de las cosas, venid a New York. Es lo que aquí, más que en otros lados, se exige del artista. Y si os adaptáis fácilmente al *style* prefijado por la industria, a cambio de eso tendréis buenos dólares. Y si ganáis fuerza, seréis bien considerados y respetados, porque aquí, en esta civilización, lo que cada uno gana es lo que lo hace ser respetado. En una palabra: que aquí, en América, encontraréis todo aquello que tanto abominamos en Europa, no solamente en mayor proporción, sino asimismo perfectamente organizado y al descubierto. Y nada de lo otro que estimamos en Europa. – Eso es América, compañeros, éste es su espíritu; y este espíritu es el que, como laminador invisible, rompe todas las voluntades y mata todos los idealismos; es el que hace igual a todos los hombres, aplana a los altos, estira a los bajos. No hay más que una clase social; no hay más que trabajo, a tanto por hora. – Mas, basta de razonar. Os he prometido que os acompañaría por la ciudad, y os instruiría en mil cosas útiles. Salimos. – No protestéis de los empujones ni de las pisadas; aquí es cosa común. Además de eso, la fuerza material es apreciada en todo su valor. Mas, ¡cuidado con las mujeres! Porque discutir con las mujeres, aquí, es como buscarle tres patas al gato. – Ya estamos en la calle. Ya lo veis; París al lado de esto es una ciudad relativamente quieta.

Ya lo veis: en cada calle el tráfico *d'un port*. ¡Cuánta actividad! ¡Cuánto gentío por todo! Qué impulso, y qué grande es todo esto. Estoy en la más grande ciudad del mundo, amigos. – Y aquí, donde estoy ahora, Broadway y calle 42, el centro de este mundo, según dicen los americanos. – Pero iremos a la Quinta Avenida; la calle de los grandes hoteles y de las iglesias, de los grandes almacenes de lujo y de los *marchands* de cuadros. – Un salón, no más, para los impresionistas franceses; este otro para los cubistas; en éste, ahora, se exhibe pintura de Van Gogh; en aquél de un ruso famoso. Y todo el año así. Y lo mismo respecto de la música. Los mejores maestros, los mejores cantantes, las mejores orquestas. Y los teatros llenos de punta a punta. – Este es el museo Metropolitano: el arte egipcio, griego, romano, los maestros de la pintura, etcétera. Y maravillosamente instalado. – Este otro es el de Historia Natural: ya lo veis, el arte negro completo, el australiano, el peruano, etcétera. ¡Y cuánta abundancia de ejemplares!, y ¡qué orden más perfecto! Entrad a cualquiera de estos grandes hoteles, es fantástico; en Europa no existe esto; sobrepasa lo que puede concebir la imaginación. – Atravesemos la Grand Central o la Pennsylvania Station; ¿habéis visto algo semejante? Esto es algo que os servirá de medida o punto de comparación para juzgar las cosas. – ¡Y aun no ha comenzado la lucha para vosotros, recién llegados! Y si salís victoriosos – quiero decir íntegros – ¡qué fuertes seréis! – Mas temo que seréis vencidos. Podéis ser vencidos de dos maneras: o bien sucumbiendo materialmente en la lucha, o bien sucumbiendo espiritualmente y deviniendo un hombre perfectamente normal. Mas, os vuelvo a decir, vuestra venida a América será de todo punto de vista indispensable. Hablaremos de eso otro día.

New York, enero de 1920.

Publicado en la revista Catalonia, Año II, número 1. Febrero de 1921. New York
Archivo del Museo Torres García